

Junio, 16 á las doce de la noche. Salida del Barón de Magnus de San Luis Potosí para Querétaro, para servir á Maximiliano en sus negocios de última voluntad.

Junio, 17. Carta de Maximiliano á su madre la Archiduquesa Sofía, suplicándole que tomase bajo su protección á D.^a Concepción Lombardo de Miramón y á sus hijos, procurando la decente educación de éstos (1).

Junio, 18. Carta de Maximiliano al Papa, pidiéndole perdón de las faltas que había tenido como Emperador católico.

Junio, 18. Carta de Miramón á Ramírez Arellano, en la que le dijo entre otras cosas: «Querido Manuel: Aprovecho el tiempo de prórroga para escribirte cuatro letras . . . Concha sale para el extranjero: mis hijos creo no volverán; si así fuese y tu ocupares el puesto que por tu talento y servicios estás llamado á ocupar (2), acuérdate que son mis hijos, y si necesitan alguna cosa, procura que les sea satisfecha y procura igualmente que Miguel (su hijo) jamás tome las armas, si no es contra el enemigo extranjero; hombre de honor y con un nombre limpio, aunque á mis enemigos les pese, sería sacrificado como su padre y su tío (3).—Adios, querido amigo (4), que la suerte en esta vida te sea más feliz que á tu apasionado.—Miguel.—Capuchinas de Querétaro, Junio de 1867» (5).

y sin la entrega de la plaza, tenía que morir. 3.º Porque Maximiliano, en su carta á un miembro de la Corte de Viena, como era el Conde de Bombelles, deseaba dejar en la Corte de Viena una memoria perpetua de una célebre traición por la que había fracasado su Imperio. Era decente á Maximiliano quejarse ante la Corte de Viena de la traición de Napoleón, y no habría sido decente, sino ridículo, quejarse ante la Corte de Viena de la traición de su *compadre* Miguel López; porque todos los dignatarios que componían aquella Corte habrían dicho: «¿Qué nos importa un *negocio de compadres*? El tuvo la culpa en fiarse de su padre y en no haber tenido talento para elegir sus jefes;» mientras que Maximiliano no tenía culpa alguna en haberse fiado de la palabra de un Soberano de Europa. 4.º ¿Por qué Maximiliano al hablar de traición no estampó con franqueza el nombre de Miguel López, para alejar toda ambigüedad? ¿Por qué al hablar de la lealtad de sus generales, de sus oficiales y de todo su ejército, en el que estaba incluido Miguel López, no incluyó terminantemente á éste? Si en su carta al Conde de Bombelles se hubiera querido referir de una manera paliada á Miguel López, esto provocaría reminiscencias del carácter falso de Maximiliano, aun con sus amigos. Haría notar la diferencia entre el hecho de no haberse quejado jamás de Miguel López en Querétaro, porque conociese que su queja llegaría fácilmente á oídos de López, y el hecho de quejarse de López en una carta privada remitida á Viena, porque conociese que su queja no llegaría fácilmente á oídos de López, máxime absteniéndose de mentarlo en la carta.

(1) Para la educación de los hijos de Miramón podía haber señalado Maximiliano los *doscientos mil pesos* con que prometía pagar á los Coroneles Palacios y Villanueva el favor de facilitarle su evasión de Querétaro; pero parece que estos fondos no existían.

(2) Es muy común leer de prisa, y muchísimos tienen como vanagloria el decir respecto de un libro, «lo he devorado,» sin reflexionar que el que no mastica no come bien; pero algunos acostumbramos leer despacio y con reflexión, pesando las palabras que merecen pesarse. ¿Miramón tenía esperanzas de que Ramírez Arellano tuviera una buena posición social en un orden constitucional? Es claro que no, porque las opiniones de Ramírez Arellano, como las de Miramón, jamás fueron constitucionalistas. ¿Miramón tenía esperanzas de que Ramírez Arellano tuviera una posición social como hacendado ó como banquero? Ramírez Arellano no tenía cara de lo uno ni de lo otro. ¿Miramón tenía esperanzas de que Ramírez Arellano tuviera una buena posición social en un Gobierno conservador? Es muy probable.

(3) Joaquín Miramón, fusilado en San Jacinto, según unos, y según otros en el rancho del Tepetate, cerca de San Luis Potosí.

(4) Lo era desde que los jóvenes generales habían sido condiscípulos en el Colegio Militar de Chapultepec.

(5) *Filosofía de la Historia.* ¿No será lícito mirar en esta carta un arrepentimiento de Miramón de toda su vida militar?

Junio, 18 en la noche. Zamacois, á la pág. 1,562, hablando de la princesa de Salm Salm, dice: «Temblando y sollozando cayó de rodillas á los pies del Presidente, y con ardientes palabras, dictadas por el sentimiento del corazón, imploró piedad para el sentenciado, con la elocuencia que presta el dolor. D. Benito Juárez hizo esfuerzos para alzarla; pero la afligida princesa abrazó sus rodillas y dijo que no se levantaría hasta que no le concediese la gracia que pedía. El lenguaje de la hermosa dama era tierno, conmovedor. D. Benito Juárez y D. José María Iglesias parecían conmovidos. «Señora, le dijo el Presidente en voz baja y triste, me causa verdadero dolor el verla de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuviesen en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida; no soy yo quien se la quita; son EL PUEBLO y la ley los que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida á él, y aun pediría la mía también» (1).

Junio, 18 en la noche. Los defensores de Maximiliano despidiéndose de Juárez. Zamacois, á la pág. 1,568, dice: «D. Benito Juárez les dijo en contestación: «Al cumplir Udes. el cargo de defensores, han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. HOY NO PUEDEN COMPRENDER LA NECESIDAD DE ELLA, NI LA JUSTICIA QUE LA APOYA. AL TIEMPO ESTA RESERVADO APRECIARLA. La ley y la sentencia son en el momento inexorables, porque así lo exige LA SALUD PUBLICA. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre, y este será el mayor placer de mi vida» (2).

(1) *Filosofía de la Historia.* Cuando en 1816 Benito Juárez era muchacho de 10 años, de calzón blanco, guaraches y gabardina de chomite color de café, que en la barranca de San Pablo Gueletao cuidaba unas vacas, hablando en su lengua zapoteca y sin saber ni el idioma castellano, ¿quién había de haber previsto que aquél muchacho indio había de ser Presidente de la República Mexicana, que á sus pies se postraría una princesa de Europa, que ante él hablarían en actitud suplicante los Gobiernos de Europa, el Gobierno de los Estados Unidos y hombres como Garibaldi y Víctor Hugo, y que condenaría á muerte á un descendiente de María Teresa y Carlos V?

Respecto de Iglesias, *El Monitor Republicano*, en su número correspondiente al 19 de Diciembre del año próximo pasado, dice: «El, como Juárez y como Lerdo, opinó por que debía castigársele (á Maximiliano), sin que fueran parte á quebrantar su virilidad las exigencias embozadas de Mr. Seward, las lágrimas de la Princesa de Salm Salm, ó los vaticinios de guerra europea con que los timoratos pretendían amedrentar á la República.»

(2) Son muy celebradas por los políticos esas palabras de Juárez, lo mismo que las razones que expuso Lerdo de Tejada á los defensores de Maximiliano cuando le pidieron el indulto. Las mismas razones había expuesto nuestro célebre coterráneo Ignacio L. Vallarta, en su discurso pronunciado en Guadalajara el día 5 de Mayo del mismo año de 1867, que corre impreso, en el que dijo: «¡Ved al perjurio del 2 de Diciembre! Y para que nada falte en ese lúgubre cuadro, mirad también á Lamartine, el Presidente de la República en 848, escribiendo en una de las páginas de su «Literatura Familiar» «¡las glorias de la expedición!» ¡Vedlo cómo injuria á México, miradlo cómo blasfema de la justicia de los pueblos! ¡La expedición que un perjurio concibió necesitaba que la cantase un apóstata!»

«¡El porvenir teme sus reincidencias (de la traición) y pide su castigo. . . . Es preciso entregarla á la justicia para que nos libre de sus crímenes, para que haga imposible otra invasión extranjera en el país. . . . ¡Si la generosidad le diere asilo, fuerza será persuadirse de que sobre México pesa una reprobación eterna!»

«¿Sabeis por qué? Porque la traición seguirá pidiendo príncipes; porque alentada con la impunidad, se armaría de nuevo para combatir la Reforma: porque la guerra civil se perpetuaría entre nosotros; porque se comprometerían los destinos del porvenir; porque se perdería la diferencia que hay entre el bien y el mal; porque México daría al mundo e

Junio, 19 á las cuatro de la mañana. Zamacois, á la pág. 1,569, dice: «A las cuatro entró á verle (á Maximiliano) el Padre Soria, como se lo había encargado y volvió á confesarse con él. Una hora después se celebró el Santo Sacrificio de la misa en la capilla del convento de Capuchinas, al cual asistieron los tres sentenciados, recibiendo el Sagrado Viático con ejemplar recogimiento y devoción.—Terminado el acto religioso, volvieron á sus respectivos cuartos para esperar el momento en que debían ser conducidos al sitio de la ejecución, que era el Cerro de las Campanas. Cuatro mil hombres á las órdenes del General D. Jesús Díaz de León, formaron á las seis de la mañana el cuadro al pie del expresado cerro.»

Junio, 19 á las seis de la mañana. Zamacois, dice: «Tres coches de alquiler, que eran el número 10, el 13 y el 16, estaban dispuestos fuera para conducir á los sentenciados. El Emperador, acompañado del Padre Soria, entró al primero; el General D. Tomás Mejía en unión del virtuoso sacerdote Ochoa, entró al segundo, y el General D. Miguel Miramón ocupó el tercero, acompañándole el respetable Padre Ladrón de Guevara.»

Junio, 19 á las 7 y 5 minutos de la mañana. FUSILAMIENTO DE MAXIMILIANO, MIRAMÓN Y MEJÍA. Zamacois, á las págs. 1,573 y siguientes, dice: «Abrazó (Maximiliano) á Miramón y Mejía, diciéndoles: «Dentro de breves instantes nos veremos en el cielo» (1).—En los momentos de colocarse en sus lugares respectivos, de los cuales el del centro pertenecía al Emperador, Maximiliano conservando su serenidad y sangre fría hasta el último instante, así como su aprecio hacia Miramón, dijo á éste: «General: un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas: antes de morir, quiero ceder el lugar de honor,» y le hizo que se colocase en el centro. Dirigiéndose luego á D. Tomás Mejía, le dijo: «General: lo que no se premia en la tierra, lo premia Dios en la gloria.»—Después, adelantándose algunos pasos, y alzando la voz para ser oído de todos, exclamó con sonoro y firme acento: «Voy á morir por una causa justa, la de la Independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva

espectáculo de un pueblo sin conciencia. ¡El castigo de la traición es necesario é inexcusable! La opinión pública será severa y marcará con indeleble oprobiosa señal la que traiga estampado el tacón de una bota francesa. ¿Por qué la ley no había de ser justiciera? ¿Por qué no había de castigar inexorable un crimen que mancha nuestro pasado, que compromete nuestro porvenir?»

«Juárez, señores, os lo prometo también, no burlará la justicia nacional; no será cruel; no teñirá de sangre nuestro suelo, pero desarmará, castigándola para siempre, á la traición: el celoso guardián de la honra y del porvenir de México no será generoso, será justo.»

Vallarta, pues, expuso las mismas razones que Juárez y Lerdo, y las expuso antes que Juárez y Lerdo.

(1) *Filosofía de la Historia.* Maximiliano, desde su cuna y educación, cortesana y ceremoniosa, hasta el cadalso, fué muy inclinado á expresiones de grandísimo afecto, á abrazos y á otras manifestaciones espléndidas y semiteatrales, á que no era inclinado Mejía. A éste le pedían los brazos y los daba por urbanidad; mas no era inclinado á abrazos. Mejía y Méndez, compañeros en la misma causa y los dos valientes, simpatizaban y se amaban mucho; y, sin embargo, ya se recordará cuán grave y verdaderamente marcial fué la última despedida de los dos caudillos indios: ellos no se abrazaron, sino que se dieron únicamente la mano derecha: despedida que hace recordar la de aquellos guerreros troyanos de que nos habla Virgilio en el libro 1.º, versos 614, 615 y 616 de su Eneida:

Sic fatus, amicum

Ilionea petis dextra, laeva que Serestum:

Post alios, fortemque Gyan, fortemque Cloanthum.

México!»—El General D. Miguel Miramón, conservando el valor, la energía y la entereza que siempre le había distinguido aun en los mayores peligros, dirigió sereno una mirada al cuadro de cuatro mil soldados que estaba formado, así como al pueblo que detrás de ese cuadro se hallaba triste y afligido, y pronunció con voz clara y firme, las siguientes palabras: «Mexicanos: En el Consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida. Aquí, pronto á perderla, cuando ya no me pertenece, cuando voy ya á comparecer delante de Dios, protesto contra la nota de traición que se ha querido arrojar me para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de ese crimen y perdono á los que me lo imputan, esperando que Dios me perdone, y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!»—Después de pronunciadas las anteriores palabras, cada uno de los tres sentenciados ocupó el puesto respectivo, esto es, Miramón en medio. . . . Maximiliano á su derecha y. . . . Mejía á su izquierda. Los tres tenían la vista descubierta sin vendar los ojos. El Emperador se quitó el sombrero y se limpió la frente con el pañuelo, dando ambos objetos á su criado Tudos, para que se los llevase á su madre la Archiduquesa Sofía; separó su rubia y larga barba con ambas manos, echándola hacia los hombros, y mostrando el pecho á los soldados que debían hacer fuego sobre él, les encargó que no le diesen en la cara. Miramón, señalando con la mano el sitio del corazón, dijo: «Aquí,» y levantó la cabeza. . . . Mejía nada dijo; y cuando vió que los soldados encargados de la ejecución iban á hacer fuego, separó de su pecho la mano en que tenía el crucifijo, y esperó sereno la descarga.—Los tres iban á recibir á un mismo tiempo la muerte. Los soldados tendieron sus fusiles y apuntaron al pecho de las víctimas. . . . La multitud sintió correr un frío glacial por sus venas. . . . El oficial á quien se había encargado la ejecución hizo la señal de ¡Fuego! . . . Una descarga se oyó en seguida y tres cuerpos cayeron en tierra, atravesado el pecho por las balas. . . .—Eran entonces las siete y cinco minutos de la mañana.—El Emperador cayó del lado derecho, pero no enteramente muerto, pues pronunció tendido estas palabras: ¡hombre! ¡hombre!, moviéndose ligeramente.—Entonces el oficial le colocó boca arriba y señalando á uno de los soldados el punto del corazón, recibió el golpe de gracia (1). También sobre el General Mejía fué preciso

(1) *Filosofía de la Historia.* La vida de Maximiliano, como Emperador de México, fué una serie de desaciertos: su muerte fué la de un valiente. Cuando se vió cercado en Querétaro y reducido á la última extremidad, emprendió diversos caminos de salvación, ora el de la política, ora el de la fuga; mas cuando encontró cerrados todos los caminos y vió la irremediable, se revistió de fortaleza y murió con dignidad.

Quando Maximiliano vivía al lado de su joven esposa en medio de las delicias de Miramar, leyendo á Goethe y hablando el idioma de Goethe; cuando España, con sus frailes y sus monjas no era el objeto de las simpatías de su corazón; cuando sus ideas eran tan liberales que excitaba el recelo de la Corte liberal de Viena; cuando no sabía el idioma español, y lo menos en que pensaba era el aprender este idioma, el menos hablado y apreciado en Europa; si alguno le hubiera dicho: «Un fraile vendrá de España y te enseñará el idioma castellano; é hijos de españoles que habitan en una remota región del Nuevo Mundo, hijos de Hernán Cortés y de Calleja y herederos de sus ideas, vendrán y te sacarán de tu Castillo; y te llevarán á través del Adriático, del Mediterráneo y del Atlántico; y vivirás como monje en el convento de la Santa Cruz de Querétaro, en la celda del Padre Bringas; y estarás tan sombrío, que después de haber admirado el acueducto de Cempoala, las pirámides de Teotihuacán, la casa de Hidalgo y la estatua de Morelos, en Querétaro, verás con indiferencia su gran acueducto, su fábrica de «Hércules» y la casa monumental de Doña Josefa Ortiz, y no pensarás más que en defender las ideas monárquicas de Calleja y del Padre Bringas; y serás preso en un convento de frailes y en dos conventos de monjas; y un fraile te pondrá en la mano su crucifijo y te llevará al patíbulo; y morirás hablando, no tu idioma